

“Liberación” y “Cartas desde Francia”:

Fragmentos de la novela
El exilio según Julia,
de Gisèle Pineau

Traductora: **Laura Ruiz Montes***
Unión de Escritores y Artistas de Cuba

Introducción de la traductora

Gisèle Pineau nació en París en 1956, de padres guadalupanos. En 1970, su padre, militar de carrera, es destinado a las Antillas, a donde se traslada toda la familia. Allí se produce el encuentro real de la joven con la cultura antillana y el creol, básicos en su formación, antes conocidos a través de su abuela paterna, también emigrante en París y figura recurrente en su obra. Pineau había vivido Francia como su país de exilio, recibiendo allí de su grand-mère (abuela) todo aquello que la instruye en la cultura caribeña y permea definitivamente su escritura y su sentido de lugar en el mundo.

En 1975 Pineau se matricula en Letras Modernas en la Universidad de París, estudios que finalmente abandona por causas financieras. Se diploma como enfermera psiquiátrica en 1979, labor que ejerce en Guadalupe por cerca de 20 años. En el año 2000 regresa a París, donde combina, hasta la actualidad, su profesión de enfermera con su labor de narradora.

Autora de novelas, relatos, ensayos y algunas obras inscritas en la literatura juvenil, ha recibido importantes premios, entre los que destacan el Prix Carbet de la Caraïbe (1994), por su novela La grande drive des esprits; el Prix Terre de France (1996), por L'exil selon Julia; y el Prix des Hémisphères Chantal

* Agradezco a Guadalupe Vento Martínez la colaboración en la aclaración de términos del creol y francés guadalupanos, así como toda la ayuda y materiales brindados para el cotejo final de esta traducción.

Lapicque (2002), por Chair piment, entre otros. Otras obras suyas publicadas son: L'Espérance-Macadam (1995), L'Âme prêtée aux oiseaux (1998), Fleur de barbarie (2005), Mes quatre femmes (2007), Morne cypresse (2008), Folie, aller simple; Journée ordinaire d'une infirmière (2010), y más recientemente Cent vies et des poussières (2012).

Su obra, caracterizada por la puesta en escena de un ejemplar número de personajes femeninos, reflexiona sobre esta condición de género, mostrando una realidad guadalupana signada por la violencia, la emigración, dislocaciones familiares y una sororidad capaz de pequeños y grandes actos que conducen a una relectura de la historia antillana y al rol de las mujeres en la misma. Las heroínas de su mundo narrativo dan fe de los múltiples rostros femeninos que componen la historia y la realidad caribeña.

L'exil selon Julia [El exilio según Julia] (París: Stock, 1996), obra de carácter autobiográfico, narra la historia de vida en Francia de Julia (Man Ya), abuela paterna de Gisèle Pineau, quien en los años 60 presionada por su hijo –que pretende así salvarla de la violencia conyugal y la miseria y maleficios de su isla natal– emigra a la metrópoli para después regresar a morir a Guadalupe. Es una historia de racismo, prejuicios, diferencias y exclusión, a la vez que de aceptación de la pertenencia a una cultura antillana y creol, medulares en la búsqueda de una identidad real, definida por la oralidad, el dolor, las heridas de la colonización, el movimiento y los viajes.

Con no pocos elementos de la idiosincrasia creol (como en muchas de sus obras), Pineau, en esta novela da voz a la minoría caribeña emigrante en permanente contradicción con un idioma y cultura franceses blancos que recuerdan constantemente dónde y de qué lado ha estado el colonizador, así como cuáles son las huellas que perviven de este largo proceso histórico y social. La imbricación de acontecimientos personales con eventos y procesos sociales encuentra asidero en estas páginas para narrar heridas privadas y públicas, en un intento por reconstruir la historia y el presente.

Liberación

Cuando Man Ya¹ nos deje, creo que no volveré a verla.

Un primo de paso en Francia la lleva de regreso a Guadalupe. Su partida anunciada se lleva a cabo dentro de una especie de precipitación contenida. Ella retiene

su alegría como para conjurar los demonios que deshacen los proyectos de la esperanza. No quiere regocijarse de lleno, uno nunca sabe... Aprieta los dientes, agradece a Cristo, nos dice que –¡si Dios quiere!– la liberación llegará pronto. Liberación, la palabra encontró su legítimo lugar. Liberación de un Mundo Antiguo. Último círculo del blancuzco purgatorio. “Gracias, Señor, ¡oh eterno! ¡En tu grandeza has escuchado mis rezos! ¡Gloria a ti, Virgen María, mamá del manso cordero!”, repite en sus plegarias nocturnas. En estos días su rostro resplandece. Ante la idea del viaje, sus ojos hasta entonces apagados por la idea de no contemplar más su jardín, ven de nuevo fluir la vida, como los ojos de un ciego curado milagrosamente. Cuando llega la noche, las promesas del mañana estremecen de carcajadas su cuerpo. Después, entona a media voz canciones antiguas donde desfilan bellas robacorazones. Quiere incluso bailar pero solo sabe girar torpemente, entonando la copla de una canción de Bertrand y Léogane...

[Dépi mwen kontré vou]	Desde que te conocí
[Dépi ou rann mwen fou]	Desde que me volviste loco
[Dépi sé vou tou sèl]	Desde que eres la única
[Mwen ka touvé ki bèl...]	Que encuentro bella

En su juventud, jamás iba a bailes. A decir verdad, apenas había tenido tiempo para intentar parecerse a las doncellas empolvadas de vestidos largos con corpiño, sedas y encajes que conocían del campo. Así fue como Asdrúbal la había conocido.

[Dépi sé vou tou sèl]	Desde que eres la única
[Mwen ka touvé ki bèl]	Que encuentro bella
[Dépi ou enmé mwen]	Desde que me amas
[Mwen pa kooèt ayen...]	No sé de otra cosa...

Negra sin artificio. Trabajadora encarnizada. Siempre sembrando todo tipo de raíces, fecundando la vainilla, trepando a las ramas de los árboles y poniendo las nasas para camarones en el río. Papá Dios le había dado diez dedos sanos, un cuerpo resistente, una mente ligera. Inventaba una comida de la nada, sin malgastar un centavo. No había sido nunca de esa categoría de mano extendida, en espera de la pensión del veterano. Vendía sus especias y verduras a las tiendas del pueblo, lo que hacía que siempre tuviera algún dinerito. Amaba estarse así, deleitándose, en mitad de sus tierras, entre todos los árboles, los que ella había plantado y los antiguos que había encontrado allí.

Cada uno tenía su lugar y ella no veneraba menos aquellos que no daban frutos ni granos, pero proveían de sombra su jardín creol. Los había conocido cuando eran plantas jóvenes anunciando apenas sus promesas de savia. Habían crecido y ella los consideraba tan de su carne y su sangre como a sus hijos. Ella misma tomaba a veces una posición vegetal, se quedaba inmóvil hasta entumecerse, imaginándose que era una mamá árbol, corteza oscura, dedos veteados de tierra, brazos interpelando al cielo.

Al fin regresa, después de ese gran rodeo por Francia. Lo único que quiere es regresar a su tierra de Guadalupe... tal vez sea cierto que esa maldita tierra embrujada amarra los destinos. No filosofa sobre el cómo y el porqué del apego a su tierra. La razón se desploma ante los saltos del corazón. No hay palabras, solamente la ausencia que enceguece y aturde. No hay grandes teorías, solamente ingenuos recuerdos que la memoria traviste, minucias irritantes, una pantomima extática. La tierra, como una madre, que parida, alimenta y acoge.

Julia se va.
 Un gran navío blanco la espera.
 Adiós *foulards*²
 Adiós *madrás*
 Ella parte.
 Nos deja abandonados.
 Nos deja en la pena y la nieve.
 Nos abandona a Francia.

Su ausencia pesa enseguida entre nosotros. De un golpe, hay un Antes y un Después de Man Ya. Antes y Después... El tiempo se mide de manera diferente, me llega graduado en horas, en días corrientes de aire que pasan apresurados. Es como si Man Ya se hubiera ido con la medida del tiempo. La habitación donde dormimos en nuestras literas parece vaciada de su esencia.

Julia nos deja abandonados.

Los percheros de metal que habían sostenido sus vestidos se bambolean en el armario. El lugar de sus cosas se queda largo tiempo desocupado. Por turnos, nos acostamos en su cama para respirar el recuerdo de su olor entre los pliegues del colchón. “¡Cuando Man Ya estaba aquí!”, decimos. Cuando Man Ya estaba aquí... Olvidó sus pantuflas y nadie las toca durante ese largo invierno. Hasta la escoba las rodea con respeto. Aparece un solo calcetín caqui en una esquina de la cómoda y nadie se atreve a botarlo. Una caja de curitas americanas soporta tres

siglos cogiendo polvo sobre un estante. Pasmados de ociosidad, los ralladores, limas, pinzas y tijeras de uñas se oxidan súbitamente.

La vida en la habitación se dispone dentro de una nueva libertad, impuesta, excitante. Libertad centelleante y cosida de falsas perlas que nos entorpece como un vestido de baile suntuoso robado a una princesa. ¡Abolido el toque de queda, desvanecidas las miradas autoritarias y las orejas a la escucha! ¡Terminadas las quejas y las historias diabólicas! Tan pronto cerramos la puerta de nuestra habitación, abrimos grandes las alas. ¡Al fin podemos quedarnos despiertas hasta tarde! Nos volcamos en largas confidencias disecando nuestros sentimientos unos tras otros. Suspiramos por la injusticia de haber nacido hembras, la tontería de los varones, los secretos de Paul y el rigor paterno. Desgraciadamente descubrimos que si Man Ya no está más aquí en carne y hueso, su pensamiento nos persigue, su voz vuelve como saliendo de nosotras mismas. Un viento trae los aromas de una loción. Suspiros se levantan de su cama que cruje extrañamente y censura todos nuestros gestos. Man Ya se fue pero su ausencia es una presencia tan tenaz como la nostalgia que nos la arrebató.

El fuerte olor del bayrum.³

El tirón al arrancar las curitas americanas Saint-Bernard.

Las manzanas “Francia”.

Las historias de diablas y viejos vampiros.

Routhiers-Cacoville-Capesterre de Guadalupe.

Las ventosas.

El Sagrado Corazón.

Los cirios a la Santa Virgen.

Los ronquidos, las fricciones, los “No llores mi niño”.

Compadre Conejo y Amigo Elefante⁴.

La maldición de los negros.

Julia nos deja en la pena y las lágrimas.

La sentimos, a su partida, más feliz que si la hubieran beatificado. Va a reencontrar el jardín que le da de comer, las hierbas medicinales, su camino de Routhiers, sus grandes árboles junto a La Soufrière⁵, su cabaña al pie de Chutes-Carbet⁶... Su choza, abierta por los cuatro costados, mirando los cuatro puntos cardinales. La vida entra en ella sin preguntar, sin tocar. Escuchamos el chachareo de la tienda de Louise, los murmullos del jardín, el alboroto del río, el gluglú de la fuente, los gruñidos de los animales. Todos los olores de alrededor, todos los sonidos, recogidos por el viento van y vienen, toman de unos lo que llevan a otros, y así, continuamente, día y noche.

Ella nos abandona a Francia.
 ¡Regresen a su país, Bamboulas⁷!
 ¡Regresen a casa en África!

Yo estoy muy de acuerdo con regresar a mi país. Pero, ¿qué país? ¿Qué África? El África de cuando mi papá estuvo en el ejército vuelve a mi memoria como en un revoltijo irreal. Quiero apropiarme por el resto de mi vida de visiones claras y palpables. Cierro los ojos con fuerza. Convoco a San Antonio de Padua que trae de vuelta todas las cosas traspapeladas o perdidas. Me llega un convoy de cajas. Las abro una tras otra. Tanta cantidad de paja y papel de seda para ínfimos tesoros: viejos insectos disecados, telarañas, destellos de sol, rumor de vientos secos, sombras de polvo, máscaras guerreras, adornos de marfil... ¡África! Almendros inmensos, inmóviles. Columnas largas como patas de elefante que cuidan el frente de la casa. Palabras lejanas, salidas de la boca de los adultos... la historia de un león devorador de familias. El cuento de Compadre Tigre masacrando un pueblo. Zembla, Akim, Tarzán. Viejos libros de imágenes donde los grandes animales de África sonríen con sus bigotes de tinta china. Huevos de avestruz, taparrabos coloreados, minucias, minucias...

¡Regresa a tu país!

La libertad nos oprime. ¿Dónde estás Man Ya? ¿Qué haces? ¡Si viene el lobo, nos va a comer! Un instante, me acuesto como Man Ya en su cama. Soplo fuerte para hinchar las velas e irme, atravesar el mar y como la Apolline de *Cuentos y Leyendas*, volar, volar, volar hasta las Antillas. Me sacuden para sacarme de la apatía que me arrastra. Pero no renuncio. Quiero abandonar esta tierra que me rechaza. Entonces me convierto en escritorzuela de por las tardes, emborronadora de media noche, copista al alba. Escribir para inventarse existencias. Pluma viajera, tinta mágica, letras hechiceras que llevan cada día a un país soñado. “¡Aquí, en este lugar, estás en tu casa!”, escuchas murmurar. Bálsamo para el corazón. Describir el fondo quemado de una cazuela de natilla⁸ de chocolate, recuerdos papalotes, niños que bailan bajo la lluvia frente a una sabana azulada. Escribir para dar vida a los recuerdos: Abuelo Bouboule⁹ bajo la veranda, una lámpara humeante, una piel de mujer voladora colgada del clavo de una puerta, maldiciones en abundancia, encabalgamiento de los mares, olas azotando la orilla. Escribir para petrificar el entorno y fundir la nieve del invierno que hace llorar de frío.

Abro la ventana. Siento, respiro. La cabeza henchida de los olores del mundo que ronda afuera, creo poder expurgar todos los perfumes del viento como granos de arroz o guisantes. Me digo que quizás un viento alisio me traerá los aromas del

jardín de Man Ya. Vainilla, canela, cacao, café tostado, nuez moscada, colombo¹⁰ en polvo. Hundo la nariz en la lata de aluminio que contiene las ramitas de esto, las vainas de aquello, las esencias de almendra amarga y las cortezas secas de naranja. Aspiro de un golpe. Y, con el aliento cortado, corro a mi habitación donde exhalo esas fragancias embriagadoras.

¡Regresa a tu país!

Creen que escondo mi pereza detrás de mis locuras de escrituras inútiles. Escribo los cuentos y leyendas de Julia... La veo regresar a su Routhiers con una gloria nueva. Asdrúbal se postra a sus pies. Pero Julia desprecia su adulación, ella libera las almas perdidas ofrecidas al diablo, desmonta las trampas de Compadre Conejo, devuelve la riqueza y la confianza al negro, la palabra al perro. A veces, almuerza con la Santa Virgen, Kubila de África, el arcángel Gabriel y uno o dos espíritus. Julia camina por los aires. Gana el cielo. Regresa a los viejos tiempos de la esclavitud. Escala los siglos y devela el misterio de países desconocidos. Remonta los ríos y bebe de la fuente que cuenta sus viajes, desde antaño cuando el diablo estaba en la inocencia de su infancia, cuando la tierra daba hombres y no bestias feroces. A veces los sueños me hacen creer que estoy en todas sus errancias, trepada sobre su espalda, mis pies cercando sus riñones. Tiempos y espacios se conjugan entonces con las mismas reglas.

Un año pasa.
Después dos.
Y tres.

Su ausencia pesa menos en el fondo de nosotros mismos. No bastaría decir que el recuerdo, al lustrar demasiado el estaño de la memoria, acaba por mirarse en el olvido. Colgados a los restos que ella nos dejó, el vientre lleno, nos sentimos sin embargo como los niños de Etiopía, chupando el pecho ajado de la madre famélica, macilenta, que se mantiene en pie como árbol seco, con ojos brillantes tremendamente abiertos, frente a la cámara de *Cinq colonnes à la une*¹¹.

Al principio le escribimos a Man Ya cartas que ella pide se las lea una vecina que sabe leer. Pero sin gran aflujo de respuesta, tememos por su vida, sospechamos la ira de Asdrúbal. El solo hecho de pensarlo desencadena visiones infernales que nos atraviesan de lado a lado. Cartas breves, sin eco, la cuentan bien llegada, hundida en los brazos de su amor abandonado. Pretende que nunca más recibirá golpes del Verdugo. Supuestamente él se ha vuelto más dulce que la miel, orgulloso de su Julia que había conocido la Francia y sus grandezas. Al parecer va a

misa con sus bellos vestidos de seda y nylon de Francia y sus pañuelos decorados con la torre Eiffel y el Arco de Triunfo. No sufriría más de dolor en sus huesos y habría podido ocuparse de nuevo de su jardín. Tan lejos de ella, separados por el ancho mar, solo nos queda esperar. Queremos creer en todos esos rumores que alegran nuestros corazones y alivian nuestras almas. El tiempo de las cartas apenas dura.

Cartas desde Francia

(Fragmentos)

Querida Man Ya,

Anoche pensé en ti. La televisión presentó a Edith Piaf, a Les Compagnons de la Chanson, a Georgette Plana y a Leny Escudero. Cantaron: “Dios mío”, “La vida en rosa”, “Las tres campanas”, “Mi legionario”. Me pregunto si no tienes ganas de ver un poco de televisión, allá en Routhiers... Mamá me dijo que no tienes agua corriente ni electricidad. ¿Has podido volver a acostumbrarte a acostarte con el sol? Pienso a menudo en el manantial que sale de la roca. A decir verdad, al inicio, yo no creía en ello del todo. Pero ahora lo veo. Sé que existe. Y espero un día poder bañarme en él contigo. Man Ya, las tareas me esperan. Te beso.

Querida Man Ya,

Cuando como lentejas sueño con las Antillas. Lentejas, Antillas¹². ¿Se puede decir que Guadalupe es una Antilla entre tantas otras que forman las Antillas? Cada grano en mi plato es una isla. Sé que hay muchas islas en los parajes de Guadalupe. Ayer mamá cocinó lentejas. Y en la noche, como de costumbre, les adicionó agua y pasó el resto por el molino de las verduras para hacer sopa. Los pocos momentos que pasé en Guadalupe se me están olvidando. Cada lenteja es una tierra que flota sobre un mar Caribe marrón. A veces escojo las lentejas, guardando en secreto todas las piedrecitas que les encuentro, como inicio de una colección de piedras preciosas. ¿De dónde vienen? Ya tengo un montón en una caja de fósforos marca “Soleil Levant”. A los que me dicen que regrese a mi país, podría responderles que vuelvo de vez en cuando. Y que un día me quedaré allí. Y que la última vez que fui hasta traje tierra y piedras de allá.

No me fijé lo suficiente cuando estaba allá. Era demasiado pequeña. Recuerdo cuando la abuela Bouboule hacía la natilla de chocolate, cuando nos bañaban en el agua tibia de las palanganas. Y los olores de la vainilla, del café de la mañana, olores de sopa de pata de ternera regresan. Veo otra vez las flores delante de la veranda pero olvidé su perfume. Recuerdo las historias de demonios, de diablos

y santos protectores. Las flechas para atravesar al Gran Satán. El rostro redondo de abuelo Bouboule, el dorado de abuela Bouboule.

¿Bajas al pueblo de Capesterre en estos días? ¿Ha habido cambios? Sería bueno si pudieras dictarle una carta a una vecina que sepa escribir. Te beso.

Querida Man Ya,

¡Al fin mis teticas crecen! Ya empezaba a desesperar. En el vestidor, después de la gimnasia, había notado que algunas niñas de mi aula llevan sostenes... . A mí me daba vergüenza estar con mis camisetas de bebé. Le pedí a mamá que me comprara un ajustador. Me dijo que todavía había que esperar un poco. Me puse tan molesta que me quedé enfurruñada durante una semana. Ayer cogí un ajustador de Lisa. Demasiado grande, claro. Lo atiborré de algodón. Durante la clase de gimnasia tuve la impresión de que todo el mundo se interesaba en mis senos postizos. Escalé por la sogá muy rápido. Ya estaba bastante lejos del suelo cuando oí: “Es normal, ellos trepan a los árboles en sus países”. Cuando llegué a lo alto no tenía ánimos para bajar. Hubiera podido soltarme de la sogá para no oírlas más burlándose. Habría caído de cabeza y no hubiera habido más color de piel, solo una muerte sin flores ni coronas. Al cabo de un rato, el profe de gimnasia silbó y bajé. Tenía los muslos rígidos y las pantorrillas hechas un nudo. No me desvestí delante de ellas.

Cada semana mido el contorno de mi pecho. De verdad que los senos crecen lentamente. Cuando Élie y Remi me molestan, le digo a mamá que me dan golpes en el pecho. Mamá puede soportarlo todo, excepto eso. Ella teme que yo atrape una malformación. Entonces se pone a correr alrededor de la mesa, detrás de ellos, con el latiguillo de ramales. Esperando que llegue el momento del sujetador, mamá me compró unas *pantis* con encajes y cintas (¡es la última moda!). Bueno, pero ya con mis historias de tetas. Ni siquiera sé si voy a enviar esta carta.

Querida Man Ya,

No sé si tienes radio en Routhiers. ¿Te acuerdas de Martin Luther King? Pues fue asesinado en su país. ¿Recuerdas que decías que aunque uno no entendía su lengua, en sus ojos se veía claramente que él llevaba palabras de paz? Él quería simplemente que los negros de América tuvieran los mismos derechos que los blancos. Los blancos se creen superiores a todas las razas de la tierra. Según ellos, son los más inteligentes. Creen que tienen el derecho de conquistar todas las tierras del mundo pero nadie puede venir a la suya. Ellos solos tienen el derecho de decir: “¡Regresa a tu país!”. Haz una pequeña plegaria por Martin Luther King. P.D.: Tengo veinticinco piedras de lentejas en mi caja de fósforos.

Querida Man Ya,

Te escribo esta carta que nunca recibirás. Sé que ya debes estar combatiendo los demonios de abuelo Asdrúbal. Nadie te leerá esta carta. A veces, yo pienso en ti con mucha fuerza e intento comunicarme contigo a través del espíritu. No sé si mis pensamientos te lleguen como las cartas por correo.

El colegio no va nada bien. Tengo una maestra que se llama Madame Baron. Ella no me soporta. Lo noté desde el inicio del año. Cuando levanto la mano, ella jamás me pregunta. Me califica más severamente que a los demás. Las cosas empeoraron después de las vacaciones de Navidad. Me dijo que yo sonreía irónicamente cuando ella hablaba. Entonces me castigó obligándome a meterme bajo su buró. Ahora me paso ahí casi todas sus clases. Como un perro encerrado. Obedezco. Respiro el olor de sus pies. Veo los pelos de sus piernas gordas aplastados bajo sus medias. Aprieto los dientes para no llorar. Escucho las voces de los alumnos. Siento vergüenza. Tengo miedo. Agachada bajo su buró. Nadie protesta. Nadie me defiende. Yo espero el fin del curso. Todos aceptan que yo esté todo el tiempo bajo el buró. ¿Por qué? Porque a todas luces Madame Baron está loca, los alumnos están aterrorizados. Yo soy su chivo expiatorio. A ella no le gusta ver mi cara de negra, mi piel negra.

No le digo nada a papá ni a mamá. Esto dura desde hace demasiado tiempo. Yo espero que se acabe el año escolar. Ahora, en cuanto estoy encerrada en un lugar, siento que me ahogo. Mamá dice que padezco de opresión. Tampoco le he contado nada a Lisa. Lloro por las noches en mi cama. Espero el sueño que me hace caer en un agujero negro y me lleva lejos lejos. Esto es lo terrible que me está pasando. Yo pongo cara de risa y de insolente pero tengo todo el tiempo el corazón apretado.

Querida Man Ya,

Finalmente me doy cuenta que no te he mandado ninguna carta más. Soy una copiona. Imito a Anne Franck y escribo en un cuaderno. Y tú sustituyes a Kitty, salvo que tú existes verdaderamente. Un día, cuando regrese a Guadalupe, te leeré estas páginas. Hoy quiero decirte que siento mucha compasión por los niños que mueren de hambre, que viven en países en guerra. Pero aunque puedo poner en fila toda la miseria del mundo, obligar a mi espíritu a imaginar el horror en todas sus dimensiones, eso no me impide sentirme muy desgraciada aquí, en Francia. P.D.: Tengo treinta y nueve piedras. ¡Casi un país!

Notas de la traductora

1. Como en otros textos del Caribe francófono traducidos al español, se ha decidido también aquí no traducir “Man”. Habitualmente situado delante del nombre o apellido de una mujer, equivaldría a “señora” en español. En el creol guadalupano “Man” agrega reverencia, majestuosidad y respeto –sin disminuir el grado de afecto– a la manera de llamar a las abuelas, a las madres. O como en los países caribeños de habla hispana ocurre con el “seño” o “ña”. En adelante, todas las notas son de la traductora.
2. Se ha preferido no verter al español la frase completa para que no pierda el sentido y su referencia musical, dentro del texto. Son metáforas de la partida que aluden a las despedidas en el puerto agitando pañuelos de cuello o cabeza y al uso de estos últimos de tejidos de vivos colores. Refiere a una antigua canción antillana, presumiblemente de origen martiniqués, *Adieu foulards, adieu madras* que “pone a llorar a todo el mundo: a los que así veían disminuir paulatinamente el rostro de sus familiares [...]” (Glissant, É. (2010). *El discurso antillano*. La Habana: Casa de las Américas, 71).
3. Malagueta o bayrum (a veces bay-rum): Árbol oriundo de las Antillas (puede llegar a alcanzar entre 4 y 8 metros de altura), de cuyas hojas se obtienen aceites esenciales muy aromáticos, a partir de los cuales es posible elaborar el bayrum, agua de colonia o loción lograda por destilación muy empleada en perfumería y para fricciones. El bayrum estuvo presente en una buena parte de la vida familiar caribeña en el siglo XX. En las Antillas, República Dominicana (allí se conoce como “berrón”) y Cuba se empleaba, entre otros usos, para hacer bajar la fiebre y para masajes contra el reuma y otros dolores musculares. Por su agradable aroma también era recomendado en casos de mareos y como descongestionante nasal.
4. En el llamado Caribe francófono, *Compère lapin* descende de los cuentos populares franceses, de las fábulas del compendio titulado *Roman de Renart* y de la herencia africana. No obstante, para muchos investigadores, la naturaleza más profunda de estos no debe ser rastreada en la Francia metropolitana sino más exactamente en las Antillas, donde el pueblo los ha transformado a través de su imaginario para adaptarlos a su espiritual necesidad caribeña. Estas historias expresan, como ha señalado Frantz Fanon, la lucha de los pobres y los esclavos. Batalla que se focaliza en dos frentes: la tentación de la naturaleza salvaje por un lado y las reglas forzadas, el trabajo, las leyes impuestas por los esclavistas, sus prohibiciones y obligaciones, por otro. La oposición entre la cultura libre y la cultura reglamentada encuentra, a su vez,

basamento en los cuentos de *Compère éléphant*. Es vital destacar que ambas historias expresan la reacción de los esclavos, su respuesta a la opresión, sus anhelos de emancipación. Proponen un equilibrio entre la naturaleza salvaje y el cimarronaje, de una parte, y la cultura altamente reglamentada de otra. Véase “Nature et culture dans les contes populaires du compère lapin en Martinique” de Marcel Goldenberg (*Parallèles*, 1, noviembre, 1964, 6-7, 30). Véase también <http://www.potomitan.info/atelier/contes/goldenberg.php>

5. “La Azufrera” o “La gran Azufrera”. Único volcán activo de Guadalupe y uno de los más jóvenes de las Antillas Menores. Forma parte de un gran complejo volcánico. Su erupción más intensa fue a finales de los años 70 del siglo XX. Al estar situado en un Parque Nacional (en su capital, la isla de Basse Terre), puede ser visitado por los turistas.
6. Saltos de agua del río Carbet. También ubicados en el Parque Nacional.
7. La *bamboula* es un tambor de fricción, de origen africano, muy usado en las Antillas durante la esclavitud y especialmente durante el siglo XIX. Tiene cuerpo cilíndrico de poco más de un metro de alto. Es cerrado por ambos extremos por una piel estirada, que es frotada o percutida, con las manos o con los dedos. La palabra es usada para designar despectivamente a los negros.
8. Las natillas son un postre lácteo. Se trata de una crema elaborada con leche, yemas de huevo y azúcar. Algunas teorías sitúan su origen en la repostería francesa. En su evolución ha sufrido cambios de acuerdo a las áreas geográficas donde pueden ser degustadas.
9. El término *Bouboule* (Papa Bouboule, Man Bouboule, abuelos maternos) es un apelativo para denominar a alguien grueso, masivo, rechoncho, pero siempre desde el afecto.
10. El colombo es una especia antillana equivalente al curry.
11. *Cinq colonnes à la une* (Cinco columnas en primera plana), mítico programa de la televisión francesa, presentado por primera vez en 1959 (hasta mayo de 1968) fue el más significativo y de mayor teleaudiencia de su época. Innovaba al presentar reportajes hechos a base de una sucesión de secuencias, con ritmo rápido, para captar y mantener la atención constante del espectador. Fundado por Pierre Lazareff, que por aquel entonces era el célebre director o patrono del gran periódico *France-Soir*, trae a la televisión las reglas de la prensa de edición amplia: impacto público, cierto sensacionalismo, facilidad. Su espectro de transmisión cubría amplios temas de actualidad: desde la guerra de Argelia hasta noticias sobre artistas del momento.
12. En español esta asociación de palabras no traduce la maravilla idiomática, el juego rítmico y la riqueza que en francés posee: Antille/Lentille.